

El analista con mentalidad interdisciplinaria.

El efecto de las interpretaciones visto a la luz del interjuego *psicoanálisis-teoría de la comunicación-lingüística*

Norberto Helman

INTRODUCCION

En este trabajo retomo y amplío uno anterior (1995), en el que planteé continuar las investigaciones de Liberman acerca de formular las interpretaciones en un estilo que funcione *complementariamente* respecto al que utilizó el paciente. Incluyo ahora las *consecuencias* (a mi juicio beneficiosas) que tiene para la *teoría de la técnica*, la *integración entre teoría psicoanalítica* enfocada hacia la psicopatología, *teoría de la comunicación y lingüística*.

LA CLASIFICACION PSICOPATOLOGICA

Los enfoques *diagnósticos* psicoanalíticos, en un comienzo fueron *tributarios* de los criterios psiquiátricos imperantes a fines del siglo pasado y principios del actual, incorporando sin suficiente crítica ni interacción la tendencia a encasillar a los “pacientes” en *cuadros psicopatológicos* definidos, lo que implicaba que “una vez que se los había clasificado, ya se sabía todo de ellos, cómo tratarlos y qué esperar”.

Es totalmente diferente extrapolar o deslizar criterios o conceptos de una ciencia a otra, que crear entre varias un campo en común del que emerjan conceptos originales, creativos, enriquecedores para todas ellas y que sólo hubieran podido surgir de ese intercambio.

La actitud taxonómica, que correspondía a un deslizamiento del criterio médico-psiquiátrico taxonómico dentro del campo de la psicología y el psicoanálisis, duró hasta que el psicoanálisis, a partir de sus descubrimientos, acumuló suficiente experiencia y bagaje teórico como para acuñar sus propias leyes, avaladas por sus propios métodos de corroboración/refutación.

Pero no había razón para abandonar lo aprovechable de las clasificaciones: estos nombres—de-enfermedad dejaron de utilizarse para caracterizar al *total* de la personalidad del sujeto en cuestión y al *total* de sus conductas, pero sirvieron para distinguir ciertos *rasgos de personalidad* (Bleger, 1960), en seres humanos que en general disponían de un repertorio que podía —en teoría— llegar a incluir a *todos* los rasgos posibles.

Esto no impedía que se pudiera hablar de la aparición en un cierto sujeto de *algún* rasgo con *más frecuencia* (estadísticamente) que cualquier otro.

Sin embargo, debido a la multiplicidad de factores determinantes de cada conducta, no se puede tener la absoluta seguridad de que ante una situación dada, sea científicamente sostenible predecir que ese rasgo predominante se hará patente en esa oportunidad concreta.

También fueron utilizados para enfocar *segmentos cortos de conducta*; podía tratarse de dibujos, gestos, conductas durante el juego.

Pero principalmente eran estudiadas las conductas verbales, es decir, frases o proposiciones; incluso se podía ver su secuencia, en el *discurso*

1) del analizando, tomado en su continuidad y sin considerar las intervenciones del analista;

2) en el del analista, también tomado en su continuidad y sin considerar las intervenciones del analizando;

3) en la alternancia de material del analizando e intervención terapéutica, tal como se suceden mutuamente en la sesión.

Aplicando este método, se pudieron hacer hipótesis sobre el porqué de la elección de esa manera de hablar entre todas las posibles, tanto del uno como del otro integrante de la díada: se encontraba siempre en relación

a) con su pasado y su manera habitual de comportarse; pero también

b) con la influencia de la frase previa de cada uno en la

elección del modo de hablar del otro.

Recordaré a continuación algunas ideas acerca de Teoría de la comunicación, de lingüística, de metodología científica y de complementariedad estilística.

ALGUNOS CONOCIMIENTOS FUNDAMENTALES DE TEORIA DE LA COMUNICACION

Los siguientes conceptos, útiles para el bagaje conceptual en clínica psicoanalítica, han sido extractados principalmente de Ruesch, J. (1957).

Mensaje: serie de manifestaciones que se originan en un lugar (el emisor o el transmisor) y concluyen en otro (el *receptor*). La comunicación efectiva sólo queda perfeccionada cuando llega el feed-back y vuelve a su vez el acuse de recibo.

Red de comunicación: todos los componentes personales y medios de traslado de información existentes en un campo dado, que pueden permitir que un mensaje sea vehiculizado de distintas maneras, nazca en diferentes personas y llegue a diversos posibles receptores.

Feed-back: es el acuse de recibo por parte del receptor, de haber recibido el mensaje; incluye un informe de cómo lo entendió. Al recibirlo, el emisor puede evaluar si su intención comunicativa fue exitosa: si no le llega un feed-back, debe suponer que su mensaje no fue recibido; si el feed-back informa que fue entendido correctamente (feed-back llamado negativo), el emisor puede dar por sentado que no hacen falta aclaraciones; al hacérselo saber así al receptor (acuse de recibo), queda completado el circuito comunicativo. Si el receptor informa que no entendió el mensaje, también ha hecho llegar un feed-back negativo (es negativo porque “frena” al emisor y hace que reformule su mensaje). El feed-back se llama positivo cuando induce al emisor a creer erróneamente que su mensaje fue correctamente interpretado (y entonces sigue adelante, no frena), o cuando le hace creer erróneamente que su mensaje no era claro. La comunicación implica la presencia de todos estos componentes, mientras que para que haya *información* basta con que un emisor dé un mensaje (no se sabe si llegó a destino, si fue comprendido, etc.).

Sistema de comunicación: red que hace que una manifestación dada se traslade desde su origen hasta su destino. Puede ser unipersonal o grupal (uno de sus casos es el sistema bipersonal).

Funciones de comunicación: transmisión (incluye emisión), recepción y evaluación.

Codificación: proceso por el que un conjunto de hechos representa a otro conjunto de hechos; el lenguaje es una serie de codificaciones que deben ser conocidas por lo menos por dos personas (es controversial si existe la codificación sólo unipersonal, consigo mismo).

Contenido: el contenido implica que emisor y receptor han establecido un acuerdo acerca de los hechos a los que se refieren los signos. Involucra la significación de complejas series de acción: designa quién es sujeto y quién objeto, califica, conecta mediante algún proceso o acción los diversos elementos entre sí y en ocasiones con hechos más remotos.

Información: el contenido verdadero se llama conocimiento (si permite reconstruir hechos pasados, predecir hechos futuros y emprender acciones eficaces). La parte trasmisible del conocimiento se llama *información*; la no trasmisible, capacidad; un ejemplo servirá para aclararlo: se puede enseñar la técnica de la escultura, pero la *capacidad* no es trasmisible ni aprendible (asimilable al “talento”).

Metacomunicación: comunicaciones acerca de la comunicación, que dan instrucciones sobre la manera en la que deben ser entendidos los mensajes.

Denotación y connotación: el significado denotativo o extensional de las palabras se refiere al mundo externo, a objetos y acciones con características verificables; el significado connotativo o intensional envuelve asociaciones y sentires que nacen en el ser humano mientras esas palabras se dicen o perciben.

Metáfora: un significante reemplaza a otro, al que evoca por tener algo en común (“yo sé bien que la que espera/bien pronto me va a llevar”).

Metonimia: un significante reemplaza a otro por formar parte de un todo, al que así evoca (“yo sé que ahora vendrán caras extrañas”).

Percepción: cada persona suele tener un canal preferido de percepción, lo que se conoce como “programación neurolingüística” (visual, auditiva o motora), que condiciona la elección del

método que le facilite el aprendizaje.

Evaluación: comprende interpolación, extrapolación y predicción; reconstrucción y memoria; escisión; control (imponer la decisión a otros) o adaptación (aceptar las decisiones de otros).

Tipos de lenguaje (este tema cabalga entre lo *comunicacional* y lo *lingüístico*): en el curso de la maduración se emplean y aprenden tres tipos sucesivos de lenguaje (que después coexisten):

a) *visceral* –llamado “*somático*” por Ruesch– (sistema nervioso autónomo; los efectores son los distintos órganos; para la comprensión, los órganos de los sentidos correspondientes); por ejemplo, rubor, llanto, ruidos intestinales;

b) *de acción* (sistema nervioso central, los efectores son los músculos estriados); es factible a partir de la coordinación mano-boca, más adelante se suma la locomoción; para la comprensión, los órganos de los sentidos correspondientes; incluye abrazos, caricias, golpes, etc.; no debe confundirse con los “actos psicopáticos”;

c) *verbal* (sistema nervioso central; los efectores son los músculos estriados correspondientes al habla y a la escritura; para la comprensión, los órganos de los sentidos correspondientes); incluye hablar y entender la palabra, escribir y leer, el lenguaje de los sordomudos, el Braille, el Morse, etc. Es a discutir el status de la mímica, lo gestual y la modulación de la voz (llamados “paraverbales”).

Una vez que coexisten, cada uno de ellos puede resultar el vehículo de elección para cierta clase de mensajes; así, resulta circunstancialmente más adecuado para expresar ciertos estados psicológicos a veces uno, otras veces otro: no siempre el verbal, ni siempre es patológico el uso del visceral o el de acción. Hasta podría ocurrir que, si el más conveniente fuera uno de éstos, el uso del lenguaje verbal resultara ser lo patológico.

ALGUNOS CONOCIMIENTOS FUNDAMENTALES DE LINGÜISTICA

Los siguientes conceptos, útiles para el bagaje conceptual en clínica psicoanalítica, han sido extractados principalmente de Chomsky (1965) (1975), Prieto (1966), de Saussure (1916), Liberman (1971), Jacobson (1949/63) y Ducrot & Todorov (1972).

Fonemas y morfemas: Los fonemas tienen función distintiva, no pueden descomponerse en segmentos menores que conserven tal función, tienen rasgos distintivos; son sonidos representables por signos fonéticos. Los morfemas son unidades significativas mínimas, a la vez elemento material y soporte de una significación.

Señal: Provoca una determinada reacción, pero no implica una relación de significación.

Signo: Tiene una parte captable por los sentidos: el *significante*, que evoca para algunos individuos, los *usuarios*, una parte ausente, el *significado*, mediante la *relación de significación*. Esta relación puede considerarse arbitraria, aunque suele seguir ciertas reglas. Se relaciona con lo ausente, a veces llamado “real” (denotación); con la “imagen psíquica” (representación) y con lo “decible” (significación).

Símbolo: Es un signo en el que la relación entre significante y significado no es arbitraria: ha sido elegida por parecido o por contigüidad.

Lenguaje: 1) es sistemático, ya que no está formado por un solo signo, sino por un conjunto, que es lo que le permite dar cuenta de una determinada realidad (cuando esta característica está sola, sin las siguientes, el sistema recibe el nombre de *código*, tal como la música);

2) incluye la significación (su existencia, junto con un código, se denomina sistema de signos);

3) propiedades específicas de un lenguaje:

a) puede empleárselo para hablar de los significantes mismos que lo constituyen;

b) puede construir frases que rechazan la denotación y la representación, como mentiras o perífrasis;

c) los signos pueden emplearse en un sentido que la comunidad lingüística no conocía previamente, pero que podrá entender por el contexto (por ejemplo, metáforas originales).

Las relaciones entre los signos de orden gramatical formando una frase, de sucesividad, se llaman *sintagmáticas*; la relación entre los distintos signos que podrían estar en la misma ubicación en un sintagma, se llama *paradigmática*.

Lengua y habla: La lengua es un código recordado, con correspondencia entre imágenes (por ejemplo auditivas) y conceptos, es un fenómeno social; el habla es una actividad, es la

utilización, la actualización de este código por los hablantes, es un fenómeno individual.

La *fonética* estudia los sonidos del habla, y la *fonología* los de la lengua.

Factores, funciones y estilos: en distintos momentos, o en distintos hablantes, diferentes factores pueden predominar en el acto de la comunicación: fuente, contexto, mensaje, contacto, código, destino.

Cada uno de ellos cumple una determinada *función*:

- la fuente, la función emotiva;
- el contexto, la función referencial;
- el mensaje, la función poética;
- el contacto, la función fática;
- el código, la función metalingüística (referencia del enunciado a su propio código);
- el destino, la función conativa.

La *fuentes* envía un mensaje al *destinatario*; esto implica un contacto material entre ambos. La frase requiere un contexto sin el cual el destinatario no puede decodificar, transformar y encodificar el mensaje (*función conativa*); el *código*, por lo tanto, debe ser compartido por ambos participantes.

La correspondencia entre *factores, funciones y estilos* es aproximadamente la siguiente:

El estilo reflexivo que busca incógnitas y no crea suspenso (esquizoide) y el lírico (depresivo) corresponden a mensajes predominantemente centrados en la fuente (función emotiva); en ambas hay disociación: en el primero, entre la mente y los afectos, en el segundo, entre figura y fondo. En el estilo épico (psicopático), predominan el factor destino y la función conativa. En el narrativo (obsesivo), contexto y referencial. En el dramático que crea suspenso (fobia), contacto y fática. En el dramático que crea impacto estético (histeria), mensajes centrados sobre el mismo mensaje (función poética).

En cuanto al código y la función metalingüística, si emisor y receptor tienen que estar verificando si es que usan un léxico común y comparten significados o no es así, estamos ante trastornos pragmáticos, en los que lo esquizoide, lo melancólico o lo psicopático (o también lo perverso) han llegado a un grado notorio de desorganización del sistema intrapersonal.

ALGUNOS CONOCIMIENTOS DE METODOLOGIA CIENTIFICA

Los siguientes conceptos, útiles para el bagaje conceptual en clínica psicoanalítica, han sido extractados principalmente de Klimovsky (1994) y de Carlino, Elvira, Helman y Petrucci (1999).

La *ideología* es un sistema de ideas o conjunto de representaciones que, a manera de normas, constituyen todo un programa de pensamiento o de acción. Incluye la cosmovisión (vale decir, la concepción del ser humano, del mundo, de la vida), una determinada posición ética y actitudes ante lo político, lo social, lo económico, lo estético, lo religioso, lo filosófico, lo científico...

La *epistemología* es el estudio de las condiciones de producción y validación del conocimiento científico; es así diferente pero está intrínsecamente interrelacionado con la *gnoseología* o *teoría del conocimiento*, sector de la filosofía que examina el problema de la relación del conocimiento, sea o no científico, con la verdad y con la *metodología*, que es la búsqueda de estrategias para incrementar el conocimiento.

Una *disciplina* es una rama de la ciencia, el arte, la filosofía, etcétera, que se distingue de las otras ramas por el objeto en el que se centra. Cuando los conocimientos que abarca no alcanzan para dar cuenta de los problemas que encara, reconsidera el problema en cuestión y el alcance de las teorías que hasta ese momento habían sido satisfactorias. También puede llevar a cabo algún tipo de *interacción con otras disciplinas*:

Multidisciplina: cada disciplina contribuye a la búsqueda de la solución de un problema local o circunscripto, accionando en conjunto pero no interaccionando, de manera que cada una se mantiene inmodificada: lo que se enriquece es una práctica concreta. Se constituye un grupo multidisciplinario en el que no se pretende lograr un código en común, aunque sí que cada profesional haga entender su código y pueda entender el de los otros profesionales; este grupo, por ejemplo, estará formado por un psicoanalista y un clínico que se reúnen periódicamente para informarse mutuamente y coordinar el tratamiento de un paciente psicosomático determinado al que ambos asisten.

Interdisciplina: hay un equipo de trabajo formado por profesionales de varias disciplinas, que intercambia para encarar un problema local, cada disciplina se enriquece y se modifica por la interacción. De esta interacción surge un saber nuevo y un curso

de acción unificado, con un código nuevo, peculiar de la problemática local o circunscripta encarada en el equipo, mientras en el resto de los contenidos de cada una de las disciplinas intervinientes, el saber permanece inmodificado y cada una conserva su propio código. El enfoque de los estilos introducido por Liberman es un ejemplo de la modificación y el enriquecimiento *local* del psicoanálisis (sin alterar directamente el resto del corpus de la doctrina psicoanalítica) por el aporte de otras disciplinas.

Transdisciplina: la integración promueve y produce un código en común, nuevo, en el que quedan borradas las anteriores fronteras de las disciplinas originarias. Abarca el total del contenido de las disciplinas; no se queda sólo en una parcela ni sólo en el “terreno de nadie” de lo que está fuera de las fronteras de cada una. Implica un altísimo grado de articulación entre diversidad e integración en un sistema *total* (recalco: *no* local); nace una actitud inédita y una “nueva disciplina”, producto de ese fructífero cambio de actitud hacia lo que hasta hacía poco era lo “propio” y lo “ajeno”.

La dimensión ética no está asegurada o descartada en ninguna de estas cuatro entidades referidas a lo disciplinario: será la *ideología* la que marcará la ética imperante en una disciplina, multidisciplina, interdisciplina, o transdisciplina; cualquiera de ellas puede ser encarada de diversas maneras, por ejemplo “neutra” o “comprometidamente”. De la misma forma, la ideología humanística (o cualquier otra) puede ser un componente de la concepción de cómo insertarse en el coro de las actividades humanas en cualquiera de esas gradaciones de lo disciplinario, o puede no formar parte. Alguna corriente dentro de lo transdisciplinario postula que lo ético y la sensibilidad social deberían ser considerados componentes intrínsecos de lo transdisciplinario.

No está de más tener en cuenta que existen algunos riesgos, de distinta índole:

- la aplicación de estos criterios en aspectos del psicoanálisis en los que no sean conducentes, porque para encararlos bastaría con el acerbo científico psicoanalítico;
- la elección inadecuada de las disciplinas con las que asociarse para buscar respuestas;
- la expectativa ilusoria (“mesiánica”) de que con esta meto-

dología se pudiera lograr solucionar todas las incógnitas y todas las incertidumbres.

SINTESIS DE LAS IDEAS DE LIBERMAN SOBRE COMPLEMENTARIEDAD ESTILÍSTICA

Los puntos de vista que arrojaron luz y sirvieron para dar el paso que faltaba para encontrar una nomenclatura y un cuerpo coherente de doctrina sobre la clínica psicoanalítica, fueron incorporados a partir de la *lingüística* con su noción acerca de las opciones del usuario para elegir *estilo* (Chomsky, 1965), y de la *teoría de la comunicación* y sus *tipos* (Ruesch, 1957). El gestor de aplicar esas nociones a la clínica de manera interdisciplinaria fue Liberman (1962, 1971).

Partió el autor de la delimitación del concepto de *estilo* que hace Prieto (1966), que corresponde al margen de opción que deja la lengua al emisor para transmitir un mensaje, dando libertad para concebirlo de varias maneras. Liberman (1971) agregó que el receptor también tiene opciones, y elige cómo caracterizar el estilo del mensaje que le es dirigido.

Enrique Pichon-Rivière (1970) acuñó el concepto de *emergente*; uno de sus significados es nominar a la asociación que sigue (emerge) tras una secuencia de asociaciones libres/interpretación. Estudiar dicho *emergente* permite conocer el efecto que produjo en el analizando esa interpretación. A partir del efecto, se puede deducir cuál fue el estilo que el analizando atribuyó a la formulación dada por el analista, haciendo uso de la capacidad de optar señalada por Liberman.

El referido autor puntualiza que el estilo complementario con el que el analista puede intervenir tras recibir el mensaje del analizando, provee a éste “de matrices de la ‘lengua’ que él necesita para ir generando en el diálogo analítico frases con más y más ‘sentido’ si el análisis progresa” (1971, Tomo 2, pág. 486).

Esta metodología puede ponerse en práctica gracias a que al analista se le “abre la posibilidad de percibir señales, adscribirles significado y responder utilizando estructuras sintácticas que informan al analizando del significado de lo que está aconteciendo, con un mínimo de esfuerzo” (1971, Tomo 2, pág. 486).

Puede esperarse del psicoanalista que sepa y pueda instrumen-

tar en cada situación el estilo adecuado, *complementario* del utilizado previamente por el analizando, ya que no sólo posee potencialmente, como todo ser humano, el repertorio total, sino que por añadidura, su formación profesional y su psicoanálisis personal tienen que haberle hecho mucho más permeable el acceso a dicho repertorio.

Liberman, “como resultado de inferencias deductivas” (es decir, *pensando* sobre los estilos y acerca de cómo el terapeuta, como usuario del código lengua, puede llegar a suministrar, “por medio de estilos complementarios, una información económica en cantidad y costo”) (1971, T 2, pág. 486), recomendó que *para cada estilo del analizando*, el analista formulara las interpretaciones en *un estilo determinado, específico* para el estilo implementado previamente por el analizando. Sus hipótesis resultaron confirmadas en la práctica clínica cuando las cotejó con protocolos de sesiones (1974).

Es de hacer notar que contraindicaba de manera categórica que el analista eligiera conscientemente, de forma racional, impostada, el estilo a utilizar, ya que sostenía que había que comportarse abiertamente, sin intelectualizar.

Postulaba que su entrenamiento debía poner al profesional en condiciones de hacerlo con la “espontaneidad” esperable en un terapeuta en estado de “atención flotante”, que tiene incorporados los conocimientos.

Tanto que recomendaba tener siempre en cuenta que “la teoría era para saberla pero para olvidarse de ella durante la sesión” (1972).

Nótese la coincidencia de esta postura con la de Bion (1967) acerca del peligro de intervenir con “deseo”, en este caso el “genuino” deseo de formular la interpretación en un impecable estilo complementario (para lograr que el analizando pueda incorporar otros estilos a su repertorio): la intención consciente de influir sobre el analizando interferiría con el respeto por su “timing” y la actitud “intelectual” del analista interferiría con la alta temperatura de lo “vivencial-auténtico”.

También podemos encontrar en esta postura la aplicación de los conceptos de Racker (1959) sobre trabajar en *contratransferencia concordante*, es decir, la identificación del analista con el Yo del paciente, conservando la disociación instrumental que permita superar la identificación con los objetos internos,

superyoicos, que se da en la *contratransferencia complementaria* (la nomenclatura de Racker implica un uso diferente de la palabra “complementaria”).

Partía Liberman, como queda dicho, de la comprobación de que en toda persona están disponibles, de manera potencial, *todos los estilos*; pero que buena parte de la patología puede adjudicarse a una limitación en la elección, con estereotipia y sin la plasticidad que implicara optar, en cada situación, por el estilo que mejor vehiculice la finalidad comunicativa del hablante en ese momento, en ese lugar y con ese interlocutor.

Esta limitación podría ser adscripta a que el medio ambiente —tanto el de crianza como los posteriores, entre los que muchas veces está incluido el actual—, para obtener un determinado equilibrio de su estructuración (lo que involucra el hecho de no ser cuestionado en sus valores, ideología, etc.), *auspicia* cierto(s) estilo(s) y *descalifica* otro(s), por intermedio de premios y castigos (en sus extremos están la adulación y la tortura).

El método que utilizan las personas del entorno para obtener sus propósitos consiste en la *utilización instrumental de estilos no-complementarios*.

En cambio, al serle dirigidas interpretaciones en estilo complementario, el analizando quedará en mejores condiciones de disponer, también él, del total de sus posibles estilos, pudiendo así elegir el que más afinadamente llene los objetivos para los que es emitido el mensaje.

Paso ahora a resumir la correlación entre el estilo del analizando y el propuesto por Liberman como complementario¹:

Area semántica

a) paciente con estilo reflexivo que busca incógnitas y no crea suspenso (esquizoide): utilización instrumental del (f) estilo dramático que crea impacto estético (histeria) del analista, escenificando y presentando concretamente lo que aparecía abstracto;

¹ Para facilitar la lectura, menciono los términos recomendados por Liberman y doy sus equivalentes aproximados en el lenguaje que se utiliza habitualmente en Psicopatología para nominar los cuadros clínicos.

b) paciente con estilo lírico (depresivo): utilización instrumental del (d) estilo narrativo (obsesivo) del analista, con enunciados que rescaten la identidad del mismo y con inclusión de categorías lógicas;

Area pragmática

c) paciente con estilo épico (psicopático): utilización instrumental del (d) estilo narrativo (obsesivo) del analista, con énfasis en el rescate del encuadre y descripción de las actuaciones del analizando con el analista;

Area sintáctica

d) paciente con estilo narrativo (obsesivo): utilización instrumental del (c) estilo épico (psicopático) del analista, mostrando la magia atribuida a las palabras, señalando el miedo a la incertidumbre, mencionando el lenguaje corporal;

e) paciente con estilo dramático que crea suspenso (fóbico): utilización instrumental del (a) estilo reflexivo que busca incógnitas y no crea suspenso del analista (esquizoide), para poner nombre a un acontecimiento interior, evitado por ansiógeno;

f) paciente con estilo dramático que crea impacto estético (histérico): utilización instrumental del (a) estilo reflexivo que busca incógnitas y no crea suspenso del analista (esquizoide), para poner nombre a un acontecimiento interior que permanece mudo y para poner nombres abstractos a actividades autoplásticas.

Como se puede observar, ante los estilos del analizando de las áreas semántica y pragmática, el estilo complementario pertenece al área sintáctica; si el estilo del analizando es del área sintáctica, el estilo complementario corresponde al área pragmática o al área semántica.

También puede notarse que en ningún caso Liberman encuentra recomendable que el analista utilice estilo lírico ni estilo dramático que crea suspenso: nunca generan en el receptor una facilitación del acceso a su repertorio de estilos (*vide infra*, en el ítem sobre estilos no-complementarios).

RESULTADOS “DIFERENTES A LOS PREVISTOS” DE LA INTERPRETACION CON ESTILO COMPLEMENTARIO

Como consecuencia de observaciones clínicas propias y de colegas, he podido observar que en algunas oportunidades, el uso por parte del terapeuta de la complementariedad estilística, no produce una facilitación del acceso a más componentes del repertorio de estilos en el paciente, sino que por el contrario, provoca que éste se aferre más a su estereotipia. ¿Cómo se explica?

Klimovsky (1978) afirmaba que no siempre que una hipótesis no se cumple debe ser desechada: también puede ocurrir que sólo se requiera completarla, incluyendo alguna variable no detectada hasta ese momento: la “anomalía” sirvió para notarla, y entonces se está en condiciones de formular la hipótesis con más precisión.

Cuando el psicoanalista pone en juego la complementariedad estilística, el analizando se encuentra teniendo que participar de una *red comunicativa* estructurada de diferente manera que aquélla en la que se crió y a la que está habituado.

Su interlocutor lo sorprende, puesto que no se comporta como estaba previsto; la falta de experiencia en cómo desempeñarse en situaciones de esta naturaleza, pone en cuestionamiento la identidad del analizando y su capacidad comunicativa, tanto la de entender los mensajes como la de responderlos.

En algún caso extremo se encontrará, no tratando de decodificar y encodificar, sino teniendo que descifrar un código del que no participa (lo que recibe el nombre de *criptoanálisis*, término tomado de los servicios de inteligencia que deben descifrar códigos secretos de los que no conocen la clave).

De manera que la nueva situación puede provocarle alivio, estímulo, creatividad, ampliación de horizontes, y por lo tanto acercamiento afectivo con gratitud; pero también confusión, frustración, enajenamiento, extrañeza, y como consecuencia dolor, enojo, fastidio, desaliento.

A raíz de este tipo de intercambio con el psicoanalista, el analizando, quizá por primera vez (al menos de manera continuada, previsible y sin castigo), tiene la oportunidad de notar que existen, tanto en su interlocutor como en él, otras opciones lingüísticas que, al ser usadas, producen otras consecuencias (no

las habituales) en el tipo de vínculo que establece cuando se comunica.

Puede, entonces, aprovechar más componentes de su repertorio de estilos, y al hacerlo, buscar aquél que implique mayor adecuación a la finalidad que tiene al comunicarse.

Hasta puede cuestionarse la finalidad misma y según la conclusión a la que llegue, reafirmarla, modificarla, o reemplazarla por otra.

Pero también puede insistir en su estilo y evaluar al estilo complementario del analista como un error, o peor aún, una traición, un engaño, porque para él, resulte un sacarlo de lo conocido, un exponerlo aviesa y crudamente a situaciones en las que no tiene experiencia, o más frecuentemente, a situaciones en las que tiene mala experiencia si sus intentos de utilizar mayor plasticidad estilística fueron atacados o desvalorizados por sus objetos (podemos decir que “escarmentó”).

Esos objetos terminaron por “convencerlo” y hacerlo partidario y defensor de esa postura “ideológica”, a veces tras exponerlo a castigos, torturas y sufrimientos (tales como desconocerlo, expulsarlo, hacerlo blanco de burlas, etc.).

Otra manera de explicar la aparente (o al menos temporaria) ineficacia de las interpretaciones complementarias, sería asumir que el paciente está inmerso en una familia (u otro medio) que funciona en Supuesto Básico (Bion, 1948) y que esto se traslada a la sesión analítica en sí –considerada en este caso como un grupo formado por analizando y analista–, lo que puede implicar que las “propuestas” de Grupo de Trabajo por parte del analista resulten rechazadas, neutralizadas, como si fueran el problema en vez de la solución.

Cuando el analizando responde de esta manera, se pone a prueba la capacidad del analista de intervenir “sin memoria” (Bion, 1967), es decir, sin pretender interpretar sobre la base de lo que estuvo pasando en sesiones anteriores y “sin deseo” (Bion, 1967), es decir el “genuino” deseo de (al formular la interpretación en estilo impecablemente complementario) lograr que el analizando pueda incorporar otros estilos a su repertorio (según lo ya expuesto en el apartado en el que sintetizo las ideas de Liberman sobre complementariedad estilística).

La insistencia en mantener el estilo estereotipadamente, y en no reconocer al estilo complementario como adecuado, si bien

puede considerarse una resistencia, constituye (por esa misma condición) un indicador, que orienta acerca de la forma con la que el analizando vivencia y hace vivenciar *en sesión* el sistema familiar, muestra el método que este medio empleó para implantar su tendencia, y escenifica el método que fue eficaz para desanimarlo respecto a utilizar otras opciones estilísticas.

Es como si le dijera al analista: “no, mis objetos jamás me hubieran tratado así”, hablando desde el Yo sojuzgado, identificándose con el Superyó restrictivo, y transfiriendo en el analista un objeto que incita, no a la libertad, sino a la transgresión; el efecto de la libertad sería el crecimiento, pero el efecto de la transgresión implicaría el peligro de ser atacado, desconocido, expulsado, etc.

El analista se encuentra en este momento en una situación tal, que pueda permitirle a él intentar un *criptoanálisis*.

Podemos incluir en este punto la concepción de Bleger (1967) sobre la simbiosis, depositada preferentemente en el encuadre, que permanece “muda”, concepto aplicable no sólo al encuadre analítico, sino a toda otra situación vital asimilable.

Y la situación de “encuadre fantasma” que se produce cuando el paciente da por sentado que está ante determinado analista y éste logra detectar que se comporta así por haberlo asimilado a *otra* figura que el analizando ni se cuestiona que pueda no ser (Helman, 1975).

Otra posibilidad a considerar es la posible “inversión de roles”, mediante la cual es el analizando el que maltrata al analista por haber utilizado éste un estilo que no es el aceptado en el medio del analizando, tal como hicieron con él; cuando el analista capta este mecanismo, puede vivenciar el método y el clima a los que estuvo sometido el analizando durante su “adiestramiento” lingüístico.

Este tema ha sido tratado, desde otra vertiente, por Kaës (1989, 1997), en sus conceptos de “negatividad radical” (lo que es pensado como imposible y produce una interdicción de ser pensado) y de “pacto denegativo” (alianza inconsciente de los sujetos de un conjunto transubjetivo, tal como una familia, por el que dichos sujetos suscriben obligadamente y no cuestionan los pactos que otorgan realidad psíquica a ese conjunto).

Recapitulando: la reacción por la que el analizando no amplía su repertorio ante una interpretación en estilo complementario, adquiere un valor de orientación aprovechable para el análisis:

por un lado informa, por su intensidad, de la fortaleza de la estructuración a la que estamos tratando, lo que podría llegar a dar la oportunidad de hacerla más plástica;
por otro lado, mucho más trascendente, implica la puesta en escena de la situación que dio origen a la estereotipia, vivida ahora en la “alta temperatura de la transferencia”.

Al tener en cuenta estos indicadores, se hace factible su incorporación en el proceso analítico, lo que brinda la posibilidad de su elaboración.

La persona que se identifica con los objetos del medio en el que se implantó el tipo de comunicación al que estoy haciendo referencia (sea el analista o el analizando, según se den las alternativas de la distribución de los roles en el juego de transferencia y contratransferencia), vivenciará, ante la aparición del estilo complementario del otro, sentimientos de rabia, expresando hacia su interlocutor desaprobación, reproches, amenazas.

La persona que se identifica con los sujetos del medio en el que se implantó el tipo de comunicación al que estoy haciendo referencia (sea el analista o el analizando, según se den las alternativas de la distribución de transferencia y contratransferencia), vivenciará, ante la aparición del estilo complementario del otro:

- sentimientos de temor a las represalias, con sometimiento o con culpa;
- reprobación si se identificó con el “agresor”;
- sorpresa y confusión si terminó por desconocer la posibilidad de otras maneras de comunicarse;
- dolor (y hasta envidia) si no tiene la esperanza de introducir cambios en su vida.

EMERGENTES DE LA INTERPRETACION CON ESTILO NO-COMPLEMENTARIO

Describiré a continuación los efectos y consecuencias que tienen sobre el analizando las interpretaciones con estilo no-complementario.

Con el mismo procedimiento que utilizara Liberman, es decir, primero inferir teóricamente y después verificar con los datos que

da la clínica, pude confeccionar una lista de las alternativas más frecuentes.

Los resultados de mi indagación respecto a los efectos de las interpretaciones en estilo no-complementario son los siguientes (ver nota ¹):

a) paciente con estilo reflexivo que busca incógnitas y no crea suspenso (esquizoide):

– interpretado con estilo reflexivo que busca incógnitas y no crea suspenso (esquizoide) entraría en teorizaciones cada vez más abstractas;

– *interpretado con estilo lírico (depresivo) aumentarían la esquizoidia y la confusión sujeto/objeto;*

– interpretado con estilo épico (psicopático) se retraería más, o se fascinaría y esclavizaría;

– interpretado con estilo narrativo (obsesivo) se empastaría y obsesivizaría;

– *interpretado con estilo dramático que crea suspenso (fóbico) se haría más retraído y huidizo;*

b) paciente con estilo lírico (depresivo):

– interpretado con estilo reflexivo que busca incógnitas y no crea suspenso (esquizoide) aumentaría la melancolía y la confusión sujeto/objeto;

– *interpretado con estilo lírico (depresivo) aumentaría la melancolía en un círculo vicioso de agresividad auto y aloplástica;*

– interpretado con estilo épico (psicopático) empeoraría la melancolía, pudiendo llegar hasta el suicidio;

– *interpretado con estilo dramático que crea suspenso (fóbico) aparecerían formas clínicas más larvadas, con apariencia de fobias, que envolverían profunda desvalorización y pérdida de autoestima;*

– interpretado con estilo dramático que crea impacto estético (histérico) sería seducido, con el resultado de una cierta elación, seguramente seguida, debido a la frustración inherente a la seducción, de melancolización;

c) paciente con estilo épico (psicopático):

– interpretado con estilo reflexivo que busca incógnitas y no crea suspenso (esquizoide) adquiriría rasgos despectivos e inoculadores, tendiendo a tiranizar, aunque también podría desconcertarse;

- *interpretado con estilo lírico (depresivo) se ensañaría;*
- interpretado con estilo épico (psicopático) entraría en una escalada simétrica;
- *interpretado con estilo dramático que crea suspenso (fóbico) aterrorizaría al interlocutor-analista y con ello se sentiría triunfante;*
- interpretado con estilo dramático que crea impacto estético (histérico) podría inocular actuaciones al interlocutor-analista y con ello se sentiría triunfante;
- d) paciente con estilo narrativo (obsesivo):
 - interpretado con estilo reflexivo que busca incógnitas y no crea suspenso (esquizoide) aumentarían la obsesividad y la retracción;
 - *interpretado con estilo lírico (depresivo) se desestructuraría con tendencia a la melancolización;*
 - interpretado con estilo narrativo (obsesivo) se produciría un refuerzo de la sintomatología;
 - *interpretado con estilo dramático que crea suspenso (fóbico) se sumarían conductas fóbicas;*
 - interpretado con estilo dramático que crea impacto estético (histérico) se provocarían malos entendidos por preponderar en cada uno diferente canal (verbal el narrativo –obsesivo–; corporal el dramático que crea impacto estético –histérico–); podría también “histerificar” los rituales;
- e) paciente con estilo dramático que crea suspenso (fóbico):
 - *interpretado con estilo lírico (depresivo) empeoraría el estado fóbico, que se agravaría por la vivencia de des-aliento y desesperanza;*
 - interpretado con estilo épico (psicopático) acrecentaría el temor y podría someterse para evitar ser aterrorizado;
 - interpretado con estilo narrativo (obsesivo) podría ritualizar la fobia y tal vez sentir menos angustia;
 - *interpretado con estilo dramático que crea suspenso (fóbico) entraría en un círculo de retroalimentación (feed-back) positiva;*
 - interpretado con estilo dramático que crea impacto estético (histérico) aumentaría su retracción fóbica debido al monto de excitación;
- f) paciente con estilo dramático que crea impacto estético (histérico):

- *interpretado con estilo lírico (depresivo) sería fácilmente presa de angustia (de castración);*
- interpretado con estilo épico (psicopático) padecería de accesos angustiosos de excitación, que a veces podrían desembocar en cuadros quasi-delirantes;
- interpretado con estilo narrativo (obsesivo) se provocarían malos entendidos por preponderar en cada uno diferente canal (verbal el narrativo –obsesivo–; corporal el dramático que crea impacto estético –histérico–); podrían ritualizarse los síntomas conversivos;
- *interpretado con estilo dramático que crea suspenso (fóbico) se agregaría un nuevo motivo de angustia, lo que posiblemente daría por resultado una “fobificación” de la histeria;*
- interpretado con estilo dramático que crea impacto estético (histérico) entraría en un círculo de retroalimentación (feedback) positiva.

Estas nociones permiten orientarnos acerca de la causa de algunos malestares que acaecen durante las sesiones, cuando dichos malestares no se deben al contenido (correcto en cuanto al significado) de las interpretaciones, sino al estilo en el que fueron emitidas.

Asimismo dan acceso a la comprensión de las perturbaciones que se producen a veces en la vida cotidiana, debidas a que al hablar espontáneamente, no nos atenemos necesariamente a la complementariedad estilística.

También dan bases teórico-técnicas para operar sobre lo que se observa habitualmente en los tratamientos de grupo, de pareja y de familia: en ellos los integrantes, precisamente, dialogan entre sí empleando estilos no-complementarios. Esto se nota sobre todo cuando funcionan en *Supuesto Básico* (Bion, 1948), tal como ya fue señalado en un apartado anterior.

Los items marcados con itálica ilustran y fundamentan las razones por las que las interpretaciones con estilo *lírico (depresivo)* y aquellas formuladas con estilo *dramático que crea suspenso (fóbico)* no sólo no resultan complementarias de ningún estilo del analizando, sino que además suelen provocar, si llegan a formularse, efectos patógenos.

En mi experiencia (propia y con supervisandos), con suma

frecuencia tienen como corolario vivencias desalentadoras de relación con un objeto-analista desamparante, incapaz de proteger, sin aptitud para poder cumplir la *función de reverie* (muchas veces, por el contrario, inducen en el analizando el compromiso de ser él quien deba cumplirla hacia su analista), que como modelo de identificación tiende a inculcar en el paciente la propensión a someterse a las situaciones al darlas por inabordables e irreversibles, con la no-elaboración consiguiente.

En la mayor parte de los casos, puede observarse que si un analista emplea el estilo lírico, funciona para el analizando como un objeto que le “informa” que la autoestima del profesional es lábil, que no se puede contar con él como continente, que el material del analizando sobrepasa la capacidad de asimilación del terapeuta; encarna por lo tanto para el paciente un “modelo con el que identificarse” consistente en que los duelos no son elaborables, que el futuro no admite proyectos viables de crecimiento, etc.

También puede observarse con significativa frecuencia que si un analista emplea el estilo dramático que crea suspenso, funciona para el analizando como un objeto que elude los peligros, que no implementa medidas para encararlos, que es autorre restrictivo, que informa (o encarna el “modelo con el que identificarse”, u ordena) que los peligros son siempre más fuertes que los recursos y que es inútil intentar sobrellevarlos o vencerlos.

LA MENTALIDAD INTERDISCIPLINARIA

Lieberman (1971), para sustentar y lograr su innovación respecto al enfoque de la psicopatología, combinó los conocimientos del psicoanálisis con los de la lingüística y los de la teoría de la comunicación.

Propongo denominar *mentalidad interdisciplinaria* a la actitud por la cual se está dispuesto a reconocer que *existen problemáticas que requieren el aporte de más de una disciplina*; por lo tanto, ante esas situaciones, se asume que sólo el producto de los conocimientos combinados de varias disciplinas (científicas o no), puestos en contacto, puede dar por resultado conocimientos *originales*, los que no hubieran podido surgir por el desarrollo *aislado* de ninguna de esas disciplinas. *La mentalidad interdis-*

ciplinaria incluye la disposición a interesarse en todo producto de la cultura y por lo tanto, a no limitarse al estudio de los textos psicoanalíticos.

Para ciertos aspectos de teoría y técnica, puede resultar enriquecedor, según corresponda, conocer los aportes de las otras disciplinas: teoría de la comunicación, lingüística, otras corrientes de psicología (por ejemplo reflexología, enfoque sistémico, gestalt...), etología, derecho, ciencias políticas, sociología, antropología, ciencias biológicas –incluidas medicina, neurociencias, etc.–, ética, filosofía, religiones, artes, historia, epistemología...

La idea de *mentalidad interdisciplinaria* se aplica no solamente a la *ciencia psicoanalítica*, sino también a *cada psicoanalista*, “en persona”.

Estoy proponiendo una extensión del término “interdisciplinario”, que dejaría de aplicarse *solamente* al ámbito de lo inter y lo trans subjetivo: pasaría a denominar también a su versión intra subjetiva, a la actitud (o mentalidad) por la que cada uno toma la postura de asumir que, si bien existen conocimientos *específicamente psicoanalíticos*, muchas veces sólo el producto de los conocimientos combinados de varias disciplinas, puestos en contacto, pueden dar por resultado *cierto tipo* de conocimientos *originales*, los que no hubieran podido surgir por la dedicación al estudio exclusivo y único del psicoanálisis, aislado.

Implica aprender otras disciplinas, no por obligación, sino por responsabilidad, interés, convicción.

Tal vez, en algún plano, se trate de reinstalar, más por ideología que por metodología, el “espíritu humanístico”.

RESUMEN

Primeramente se alude a la superación de aquellas clasificaciones psicopatológica que, basadas en la extrapolación de los criterios psiquiátricos, conllevan al encasillamiento de las personas y el reemplazo de esos criterios clasificatorios por un punto de vista constituido por la interacción entre psicoanálisis, lingüística y teoría de la comunicación, con la consiguiente mentalidad profesional, que es el resultado de asimilar la necesidad de la interdisciplina.

A continuación se refrescan someras nociones de teoría de la comunicación (emisor, receptor, mensaje, feed-back positivo y negativo, red, lenguajes verbal, de acción y visceral, etc.) y de lingüística (estilos, signos, símbolos, códigos, habla, etc.) y de metodología científica (ideología, epistemología, metodología, disciplina, multidisciplinaria, interdisciplina, transdisciplina).

Se presenta después una síntesis de las ideas de Liberman acerca de los estilos complementarios.

A partir de esos estudios, se plantean ciertas reflexiones acerca de dos clases de situaciones clínicas relacionadas con la complementariedad estilística.

La *primera clase* abarca aquellas circunstancias en las que la interpretación aplicando el estilo complementario no se sigue de una permeabilización en el paciente respecto al resto de su repertorio estilístico. Se plantean hipótesis (no excluyentes mutuamente) acerca de las posibles causas de este fenómeno, tales como: a) la escenificación en la sesión de las características ambientales que dieron por resultado que se implantara la estereotipia estilística; b) el paciente respondería desde el Yo subyugado, identificándose con el Superyó restrictivo, y transferiría en el analista un objeto que incita a la transgresión y por lo tanto expone al analizando a ser atacado, desconocido, expulsado, etc.

La *segunda clase* está constituida por las situaciones en las que el analista interpreta con estilo diferente al complementario. Se examinan los efectos, todos ellos no favorables al tratamiento, que pueden producir esas interpretaciones. Se incluye la observación de que las intervenciones del terapeuta formuladas en los estilos lírico y dramático que crea suspenso no resultan jamás complementarias de ningún estilo del analizando y son perjudiciales prácticamente siempre.

Se postula la existencia de una *mentalidad interdisciplinaria*, que sería la actitud por la cual se está dispuesto a reconocer que *existen problemáticas que requieren el aporte de más de una disciplina*.

BIBLIOGRAFÍA

What is first alluded to is the need to overcome those psychopathological classifications that are based on the extrapolation of psychiatric criteria and that lead to pigeon-hole people, and the replacement of these classificatory criteria with an approach based on the interaction between psychoanalysis, linguistics and communication

theory, with the resulting professional mentality that is the consequence of the assimilation of the need of the interdisciplinary approach.

This is followed by a brief refreshment of some concepts of communication theory (transmitter, receptor, message, positive and negative feed-back, network, verbal, action and body language, etc.) and of linguistics (styles, signs, symbols, codes, speech, etc.) and of scientific methodology (ideology, epistemology, methodology, discipline, multidiscipline, interdiscipline and cross-discipline). Then a synthesis of Liberman's ideas on the complementary styles is presented.

From these studies some thoughts are stated about two types of clinical circumstances with regards to complementarities in the style.

The *first class* includes those circumstances in which the interpretation that uses a complementary style is not followed by the patient becoming more permeable with respect to the rest of his stylistic repertoire. Different not mutually exclusive hypothesis are put forth about the possible reasons for this phenomena, such as: a) the reenactment in the session of the environmental characteristics that resulted in the establishment of the stylistic stereotype; b) the patient responds from his dominated ego, becoming identified with his restrictive super-ego and transfers on the analyst an object that provokes transgression and thus leaves the analysand open to being attacked, ignored, expelled, etc.

The *second class* is constituted by those situations in which the analyst interprets in a different style than the complementary. The effects that these interpretations can elicit are examined, all of them unfavorable for the treatment. The observation is added that the interventions of the therapist formulated in the lyrical or dramatic style that creates suspense are never complementary of any style of the analysand and are nearly always detrimental.

The existence of an *interdisciplinary mentality* is advanced. Namely, the open attitude of recognition *that there are issues that require contributions from more than a single discipline*.

RESUME

En premier lieu l'auteur fait référence au dépassement de ces classifications psychopathologiques qui, basées sur l'extrapolation des critères psychiatriques, mènent à cataloguer rigidelement les personnes et au remplacement de ces critères classificateurs par un point de vue constitué par l'interaction entre psychanalyse, linguistique et théorie de

la communication, avec la mentalité professionnelle qui en résulte, qui est le résultat d'assimiler la nécessité de l'interdiscipline. Par la suite l'auteur reprend quelques notions sommaires de la théorie de la communication (émetteur, récepteur, message, feed-back positif et négatif, réseau, langage verbal, d'action et viscéral, et caetera), de la linguistique (styles, signes, symboles, code, parole, et caetera) et de la méthodologie scientifique (idéologie, épistémologie, méthodologie, discipline, multidisciplinaire, interdiscipline, transdiscipline).

On présente à la suite une synthèse des idées de Liberman sur les styles complémentaires.

A partir de ces études l'auteur pose quelques réflexions sur les deux types de situations cliniques liées à la complémentarité stylistique.

Le *premier type* comprend ces circonstances dans lesquelles l'interprétation, appliquant le style complémentaire, ne résulte pas d'une perméabilisation chez le patient par rapport au reste de son répertoire stylistique. Nous posons des hypothèses (qui ne s'excluent pas entre elles) sur les causes possibles de ce phénomène, telles que: a) la scénification dans la séance des caractéristiques de l'environnement qui ont donné comme résultat l'installation de stéréotypes stylistiques; b) le patient répondra depuis un Moi subjugué s'identifiant avec un Surmoi restrictif, et va transférer à l'analyste un objet qui pousse vers la transgression, et pour cela expose le patient à être attaqué, méconnu, expulsé, et caetera.

Le *deuxième type* est constitué par les situations dans lesquelles l'analyste interprète avec un style différent au style complémentaire. Il s'agit d'examiner les effets, pas tous favorables au traitement, que peuvent produire ces interprétations. On inclut aussi l'observation de ce que les interventions de l'analyste formulées dans les styles lyrique et dramatique qui créent du suspense ne résultent jamais complémentaires d'aucun style du patient et sont presque toujours nuisibles.

On pose l'existence d'une mentalité interdisciplinaire qui serait l'attitude par laquelle on est prêt à reconnaître qu'il existe des *problématiques qui exigent l'apport de plus d'une discipline*.

BION, W.R. (1948) *Experiencias en grupos*. Buenos Aires, Paidós, 1963.

— (1967) "Notas sobre la memoria y el deseo". *Rev. Psa.* 26, 2, 679, 1969.

BLEGER, J. (1960) *Comunicación personal*.

- (1967) Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En: *Simbiosis y ambigüedad*. B. Aires, Paidós. 1975.
- CARLINO, R., ELVIRA, O., HELMAN, N., PETRUCCI, H. (1999) Interacciones entre profesionales de distintas disciplinas. En: *Actas. Séptima jornada interhospitalaria de medicina psicosomática*. Hosp. Español. B. Aires, 1999.
- CHOMSKY, N. (1965) *Aspects of the theory of syntax*. Cambridge, M.I.T. Press, 1965.
- (1975) *Reflexiones sobre el lenguaje*. Barcelona, Planeta, 1984.
- DE SAUSSURE, F. (1916) *Curso de lingüística general*. B. Aires, Losada, 1967.
- DUCROT, O. & TODOROV, T. (1972) *Diccionario Enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. B. Aires, Siglo XXI, 1976.
- HELMAN, N. (1975) Afectos y encuadre fantasma. En: *Actas Simposio A.P.A.* 1975.
- (1995) Algunas derivaciones clínicas de la complementariedad estilística postulada por David Liberman. *Leído en el IIº Congreso Argentino de Psicoanálisis*. Mendoza, 1995.
- JACOBSON, R. (1949/63) *Ensayos de lingüística general*. Barcelona. Planeta. 1985.
- KAËS, R. (1989) "Alianzas inconscientes y pacto renegativo en las instituciones". *Psicoanálisis*. 13, 2, 1992.
- (1997) "Figuras de lo negativo e interdicción de pensar en la cura". *Psicoanálisis*. 19, 3, 1998.
- KLIMOVSKY, G. (1978) *Comunicación personal*.
- (1994) *Las desventuras del conocimiento científico*. B. Aires. A-Z Editora. 1994.
- LIBERMAN, D. (1962) *La comunicación en terapéutica Psicoanalítica*. B. Aires, Eudeba, 1966.
- (1971) *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. B. Aires, Galerna, 1971.
- (1972) *Comunicación personal*.
- (1974) *Comunicación personal*.
- PICHON-RIVIÈRE, E. (1970) Una teoría del abordaje de la prevención en el grupo familiar. En: *Patología y terapéutica del grupo familiar*. B. Aires, ACTA, 1970.
- PRIETO, L. (1966) *Mensajes y señales*. Barcelona, Seix Barral, 1966.
- RACKER, H. (1959) *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. B. Aires, Paidós, 1960.
- RUESCH, J. (1957) *Disturbed communication*. N. York, W. W. Norton and

Co. Inc., 1957.

Descriptores: Comunicación. Estilos complementarios. Interacción comunicativa. Interpretación. Lingüística.

Norberto Helman
Azcuénaga 382 2° C
1029 Buenos Aires
Argentina